

escarpaduras se festoneaban de enredaderas de flores grandes. La sorprendente luz edénica que subía de bajo del agua, que era á la vez penumbra marítima y resplandor de paraíso, prestaba á todos los lineamientos una especie de difusión visionaria. Cada ola era un prisma. Los contornos, entre aquellas ondulaciones del color del iris, presentaban el cromatismo de los lentes demasiado convexos; espectros solares flotaban debajo del agua. Parecía que se torcían en aquella diafanidad de aurora pedazos de arco-iris anegados. En algunas partes reflejaba en el agua cierta claridad de luna. Era perturbador y enigmático tal fausto en una caverna que parecía encantada. La vegetación fantástica y la estratificación informe se pusieron de acuerdo para producir la armonía. Aquel maridaje de cosas feroces era feliz. Las ramificaciones trepaban como para acariciarse. Pilares macizos tenían por capiteles delicadas y temblorosas guirnaldas que recordaban á la imaginación los dedos de las hadas haciendo cosquillas á los pies de un gigante, y la roca sostenía la planta, y la planta abrazaba á la roca con cariño monstruoso.

Resultaba de tantas deformidades, misteriosamente asociadas, cierta belleza soberana. Las obras de la naturaleza, supremas como las del ingenio, contienen algo absoluto, y se imponen. Lo inesperado de ellas sorprende al espíritu, porque le entusiasma su premeditación, que está fuera del alcance del hombre, y cuando más le fascinan, es cuando hacen brotar súbitamente lo exquisito de lo terrible.

Dicha gruta desconocida estaba, por decirlo así, sideralizada, si esta expresión se nos permite. Se experimentaba en ella todo lo que el asombro tiene de imprevisible. Llenaba aquella cripta una luz de Apocalipsis. No estaba uno seguro de que aquello existiese. Aquello era una realidad marcada con el sello de lo imposible. El hombre la contemplaba, estaba dentro de ella, y difícilmente creía en su existencia.

¿Era la luz diurna lo que entraba por aquella ventana abierta bajo el mar? ¿Era agua salobre lo que temblaba dentro de aquella cueva oscura? Aquellos arcos, aquellos pórticos, ¿no eran nubes celestiales que tomaban la forma de una caverna? ¿Las piedras, las rocas donde asentamos los pies, no se desgregarán y se convertirán en humo? ¿Qué era aquella joyería de conchas que se vislumbraba?

¿A qué distancia estaba allí el hombre de la vida, de la tierra y de los demás hombres? Causaba esa cripta conmoción inaudita, sagrada casi, á la que se añadía la dulce quietud de las yerbas que brillaban en el fondo del agua.

En la extremidad de la gruta, que era oblonga, debajo de una arquivolta ciclópica, detrás de una sábana de claridad verde, interpuesta como un velo de un templo, se divisaba fuera del oleaje un enorme pedrusco cuadrado que tenía el aspecto de un altar. El agua le cercaba por todas partes. Parecía que una diosa acababa de descender de él. Ante aquella cripta, ante aquel altar, la imaginación soñaba en alguna figura celestial, desnuda y pensativa, que la entrada de un hombre obligara á eclipsarse. Era inconcebible aquella augusta celda sin que la ocupara una visión; la aparición que evocaba el delirio se la trazaba él mismo; ideaba un arroyo de luz casta iluminando hombros apenas entrevistos, una frente bañada por la luz del alba, un óvalo de rostro olímpico, redondeces de senos misteriosos, brazos púdicos, cbellera suelta, caderas modeladas bajo de una sagrada bruma, formas de ninfa, mirada de virgen, Venus saliendo del mar, Eva saliendo del caos. Era inverosímil que no hubiese allí un fantasma. Quizá se encontrara momentos antes en aquel altar una mujer enteramente desnuda y brillando como un astro. Sobre el pedestal, del que emanaba éxtasis indecible, era preciso imaginar una blancura viviente y en pie. El espíritu se representaba recibiendo la adoración muda de la caverna una Anfítrite, una Tetis, una Diana á quien poder amar, una estatua de lo ideal hecha de rayos y que mirase la sombra con dulzura. Ella fué la que al marcharse dejó en la caverna aquella claridad, especie de perfume-luz emanado de su cuerpo-estrella. El deslumbramiento que produjo el fantasma había pasado; no se veía ya aquel modelo de perfección creado solo para que lo vea el invisible, pero se le sentía al experimentar un temblor parecido á una voluptuosidad. La diosa estaba ausente, pero estaba presente la divinidad, que es la que constituía la belleza de aquel centro. Por aquella deidad, por aquella hada, por aquella reina de los céfiros, por aquella gracia brotada de las olas, el subterráneo estaba religiosamente amurallado, con la idea de que nada pudiese turbar nunca alrededor del fantasma divino la oscuridad, que es un

respeto, y el silencio, que es una majestad.

Gilliatt, que era un visionario de la naturaleza, dejaba descarriar su imaginación profundamente conmovido.

Repentinamente, debajo de él, en la transparencia límpida de aquella agua, que parecía una pedrería desleída, divisó un objeto extraño y repulsivo. La oscilación de las olas hacia mover una especie de harapo largo: el harapo no flotaba, bogaba; se dirigía á alguna parte; avanzaba con rapidez. El guiñapo tenía la forma de una muñeca como las que llevaban los bufones sobre un palitroque; todo él parecía cubierto de un polvo que no podía mojarse. Más que horrible, era asqueroso. Parecía dirigirse á la parte más oscura de la gruta para sumergirse en el fondo. A su alrededor se oscurecían las capas de agua. Aquella silueta siniestra se deslizó y desapareció.

LIBRO SEGUNDO.

El trabajo.

I.

Recurso del que le falta todo.

La entrada en la gruta era fácil, pero la salida muy difícil. Gilliatt con muchísimo trabajo pudo sortear todos los obstáculos y salió; pero no volvió á visitar aquella maravilla, porque no encontró allí nada de lo que buscaba y no le quedaba tiempo para ser curioso.

Inmediatamente hizo funcionar la fragua. Carecía de herramientas y se las fabricó.

Le servían de combustible los despojos del buque naufragado, de motor el agua, de fuelle el viento, de yunque una piedra, de arte su instinto y de poder su voluntad. Se dedicó á trabajar con ahinco.

El tiempo parecía que quería complacerle; continuaba siendo seco y poco equinoccial. Llegó el mes de Marzo; los días iban siendo más largos. El azul del cielo, la vasta suavidad de los movimientos de la extensión, la serenidad de la atmósfera parecían no abrigar malas intenciones.

Hacia poco viento, pero muy suficien-

te para que el fuelle hidráulico trabajase sin cesar.

Gilliatt tenía una sierra y se construyó una lima. Con la sierra atacó la madera y con la lima atacó el metal; después se proveyó de las dos manos de hierro del herrero, de las tenazas y de los alicates; las tenazas sujetan, los alicates cogen. Las herramientas son un organismo. Gilliatt se iba proporcionando poco á poco auxiliares y completaba su armería.

Uno de sus principales cuidados fué el de escoger y reparar las poleas. Puso en estado de servicio las roldanas de los motores. Para las necesidades del taller tenía, como dijimos, muchos tablones almacenados y colocados según su forma, dimensión y calidad. Tenía además reserva de puntos de apoyo y de palancas, para disponer de ellos si los necesitaba en momentos dados.

El que piensa construir una palanca debe proveerse de vigas y motores; pero esto no basta: necesita además cuerdas, y Gilliatt reparó los cables y los calabrotes. Consiguió sacar de las velas destrazadas excelente filástica, con la que hizo bramante, que le sirvió para recomponer los cabos de los rebenques. Como carecía de brea, los cables estaban expuestos á pudrirse y necesitaba usarlos pronto. Después de recomponer las cuerdas recompuso las cadenas.

Gracias á la punta lateral del guijarro que le servía de yunque, pudo forjar eslabones groseros, pero sólidos. Con ellos juntó los extremos de cadenas rotas y las hizo largas. Forjar un hombre solo, sin la ayuda de nadie, es muy difícil; sin embargo, Gilliatt lo consiguió. Verdad es que solo lo hizo con piezas de poco peso, que podía manejar con una mano armada de tenazas, mientras las martilleaba con la otra.

Redujo á pedazos las barras de hierro redondas del buque naufragado, y forjando en una de las extremidades de cada pedazo una punta y en la otra una cabeza chata, hizo clavos largos que tenían cerca de un pie de longitud, y que son útiles para clavarlos en las rocas.

Ya veremos por qué Gilliatt se tomaba tanta molestia.

Tuvo que afilar varias veces el corte del hacha y los dientes de la sierra. También se construyó un triángulo.

Con el auxilio de los alicates y de las tenazas, y sirviéndose de la navaja como de un destornillador, consiguió desmontar las dos ruedas del buque. Esta

operacion podia ejecutarse por la particularidad de la construccion de dichas ruedas, que en el lugar oportuno ya hemos descrito. Los tambores que las habia cubierto sirvieron para embalarlas. De las tablas de los tambores hizo Gilliatt dos cajas, en las que fué colocando las dos ruedas, pieza á pieza y numeradas. Para numerarlas se sirvió de la tiza.

Colocó las dos cajas en la parte más sólida de la cubierta de la *Duranda*.

Terminados estos preliminares, Gilliatt se encontró frente á frente de la dificultad suprema: la cuestion de la máquina.

Desmontar las ruedas le fué posible, pero no lo era desmontar la máquina. En primer lugar Gilliatt no conocia bien su mecanismo, y trabajando á la ventura podia causarla alguna herida irreparable. En segundo lugar, para hacerla pieza por pieza, si hubiera sido capaz de cometer semejante imprudencia, necesitaba herramientas mejores que las que se pueden fabricar cuando solo se tiene una caverna por fragua, viento colado por fuelle y un guijarro por yunque. Intentando desmontar la máquina se exponia á romperla.

Gilliatt habia llegado al pié de la muralla de lo imposible.

Qué iba á hacer?

II.

Cómo Shakespeare puede encontrarse con Esquilo.

A Gilliatt le ocurrió una idea.

Desde el albañil carpintero de Salbois, que en el siglo diez y seis, en la infancia de la ciencia, sin consejo y sin guia, sin otra ayuda que la de un niño hijo suyo, con herramientas imperfectas, resolvió en globo, para descender el gran reloj de la iglesia de la Charité-sur-Loire, cinco ó seis problemas de estática y de dinámica; desde su maniobra extravagante y soberbia, por la que consiguió bajar toda la máquina entera desde el segundo piso de la torre al primero; desde que dicho hombre hizo aquel milagro, jamás se emprendió nada semejante á lo que Gilliatt intentaba.

Su empresa era aun más difícil. El peso, la delicadeza, el cúmulo de dificultades no eran menores en la máquina de la *Duranda* que en el reloj de la Charité-sur-Loire. El carpintero gótico tenia un ayudante en su hijo; Gilliatt estaba solo. Aquel trabajaba ante una pobla-

cion, que acudió de Meung-sur-Loire, de Nevers y hasta de Orleans, que en caso necesario podia auxiliarle y que le animaba aplaudiéndole; Gilliatt no tenia á su alrededor más rumor que el del viento ni otra muchedumbre que las olas.

A la timidez de la ignorancia solo iguala su temeridad. Cuando la ignorancia se atreve, es que encuentra en sí misma la brújula. Esta brújula es la intuicion de la verdad, que se presenta más clara algunas veces á un espíritu sencillo que á un espíritu complicado. El que ignora tiende á probar. La ignorancia es un desvarío, y el desvarío curioso es una fuerza. El saber desconcierta algunas veces y disuade con frecuencia. Sama, que era sábio, hubiera retrocedido al llegar al cabo de las Tempestades. Si Cristóbal Colon hubiera sido buen cosmógrafo, no hubiera descubierto la América. El segundo que subió al monte Blanco fué un sábio, fué Saussure; pero el primero fué un pastor que se llamaba Balmat.

Digamos de paso que estos casos son excepcionales y no perjudican á la ciencia, que permanece siendo la regla. El ignorante puede encontrar, pero solo el sábio inventa.

El barco continuaba anclado en la rada del *Hombre*, donde permanecia tranquilo. Gilliatt se trasladó á él y midió con mucho cuidado la manga por varios puntos, particularmente por la parte más ancha del costillaje. Despues regresó á la *Duranda* y midió el diámetro de la máquina. Este era inmenso; sin las ruedas, tenia dos piés menos que el bordaje de su barco; la máquina, pues, podia entrar en él; pero ¿cómo hacerla entrar?

III.

La obra maestra de Gilliatt acude al socorro de la obra maestra de Lethierry.

Algunos dias despues, el pescador que se hubiera atrevido á acercarse en aquella estacion á dichos sitios, en pago de su atrevimiento hubiera contemplado un espectáculo singular en los Douvres.

Hubiera visto cuatro tablones gruesos, igualmente espaciados, que iban de un Douvre al otro, y entraban forzados entre los peñascos para tener la mayor solidez posible. Por la parte del Douvre menor, sus extremidades se encajaban

en los relieves de las rocas, y por la parte del Douvre mayor debió hundirlos violentamente en la escarpadura á martillazos poderoso trabajador, colocado en pié sobre la albitana misma que estaba asegurando. La longitud de los tablones era mayor que la anchura del espacio que mediaba entre los dos peñascos; por eso encajaban fuertemente y se dirigian en plano inclinado. Formaban con la Douvre mayor un ángulo agudo y con la menor un ángulo obtuso. A los cuatro tablones se adherian cuatro cábricas, provistas todas de su correspondiente uestaga y fiador, siendo lo más atrevido y digno de notarse que el moton de dos roldanas estaba en un extremo del tablon y la polea simple en el otro extremo. Esta separacion peligrosa, sin duda la exigia la operacion que iba á ejecutarse. Los motones eran fuertes y las poleas sólidas. Habia cables asidos de las cábricas que desde lejos se veian como hilos, y de ellos parecia suspendida la *Duranda*.

Pero no estaba suspendida aun. Se habian practicado ocho aberturas perpendiculares á los tablones, cuatro á babor y cuatro á estribor de la máquina; bajo de éstas, en la carena, habia ocho más. Los cables descendian verticalmente de los motones, entraban en la cubierta, salian de la carena por las aberturas de estribor, pasaban por debajo de la quilla y de la máquina, volvian á entrar en el buque por la abertura de babor, y subiendo y atravesando otra vez la cubierta, se rollaban en las cuatro poleas de los tablones, donde una especie de palanquin los agarraba, haciendo con ellos un manajo que se ataba á otro gran cable, que podia dirigir un solo brazo. Un gancho y una roldana, por cuyo agujero pasaba y se devanaba dicho cable, completaban el aparato y en caso necesario lo inmovilizaban. Semejante combinacion obligaba á las cuatro cábricas á funcionar á la vez, y verdadero freno de las fuerzas pendientes y gobernables de dinámica en manos del piloto que dirigia la operacion, mantenia la maniobra en equilibrio. El ajuste ingenioso del palanquin tenia algunas de las cualidades simplificadoras de la actual polea Weston y del antiguo polipasto de Vitruvio. Gilliatt comprendió esto, á pesar de no conocer á Vitruvio, que no existia ya, ni á Weston, que no existia aun. La longitud de los cables variaba como el declive desigual de los tablones, corrigiendo un poco esta des-

igualdad. Las cuerdas ofrecian el peligro de que podian romperse; hubieran sido más sólidas las cadenas, pero éstas no hubieran corrido bien por las cábricas.

Este aparato defectuoso era sorprendente por haberlo construido un hombre solo.

Lo alto de la chimenea de la máquina pasaba por entre los dos tablones del medio.

Gilliatt, sin saberlo él mismo, era plagiario inconsciente de lo desconocido, reconstruyendo, á la distancia de tres siglos, el mecanismo rudimentario é incorrecto del carpintero de Salbois. Pero los defectos más groseros de que adolece un mecanismo no le impiden funcionar bien ó mal. Cojea, pero anda. El obelisco de la plaza de San Pedro de Roma se edificó contra todas las reglas de la estática. La carroza del czar Pedro estaba construida de modo que parecia que debia volcar á cada paso, y sin embargo rodaba. Tenia muchas deformidades la máquina de Marly, pero eso no impedia que diera de beber á Luis XIV.

Gilliatt tenia confianza con su máquina: de tal modo contaba con el éxito, que cuando se trasladó á su barco, colocó á los dos lados de él dos pares de argollas de hierro, equidistantes lo mismo que las cuatro de la *Duranda*, á las que estaban agarradas las cuatro cadenas de la chimenea.

Gilliatt se habia trazado, pues, un plan completo y determinado. Estando en contra de él todas las probabilidades, tomaba todas las precauciones posibles.

Su modo de proceder, como ya indicamos, hubiera desorientado hasta á un observador inteligente. El que presenciase sus trabajos le hubiera visto clavar á martillazos, haciendo esfuerzos inauditos, ocho ó diez de los clavos grandes de los que habia forjado en el basamento de los dos Douvres, sin comprender el objeto de esta operacion. Si en seguida hubiera visto á Gilliatt medir el pedazo del costillaje de proa que continuaba unido al buque naufrago, atar un calabrote al reborde de la pieza, cortar á hachazos el maderaje dislocado que la sujetaba, arrastrarla fuera del desfiladero, aprovechándose de la marea descendente que la empujaba hácia bajo, mientras él la empujaba hácia arriba, y por fin, atar trabajosamente con el calabrote la pesada trabazon de tablas y tablones á los clavos hincados en la base

de la Douvre menor, el observador se hubiera desorientado por completo, creyendo que Gilliatt quería, para facilitar sus operaciones, librar de aquel estorbo el paso de los Douvres, para lo que no tenía que hacer más que abandonarlo á la marea, que se lo hubiera llevado.

Pero Gilliatt, sin duda, tenía sus razones para obrar de ese modo, incomprendible á primera vista.

Para fijar los clavos en el basamento de los Douvres sacaba el partido que podía de las hendiduras del granito, las ensanchaba cuanto era necesario, encajando en ellas cuñas de madera, en las que metía los clavos de hierro. Realizó los mismos trabajos preparatorios en las dos rocas que se erguían en el otro extremo del estrecho del escollo, por el lado del Este, y llenó de clavijas de madera todas las hendiduras, como si quisiera tenerlas preparadas para recibir grapones.

Compréndese que por la prudencia que le hacía tener su penuria, solo gastaba materiales á medida que los necesitaba de un modo apremiante, lo que era para él una dificultad más que se añadía á las muchas con que tenía que luchar.

IV.

Sub re.

Gilliatt, en sus múltiples trabajos, gastaba todas las fuerzas á la vez y no las reparaba por completo. Le iban extenuando las privaciones y las fatigas y enflaquecía. El cabello y la barba le crecían desmesuradamente. No le quedaba más que una sola camisa que no estuviera hecha pedazos. Iba descalzo, porque se le llevó un zapato el viento y otro el mar. Los pedazos de piedra del yunque rudimentario con que trabajaba, y que saltaban, le habían causado en las manos y en los brazos muchas y pequeñas heridas; eran superficiales, simples desolladuras si se quiere, pero las encoblaban el aire frío y el agua salada.

Tenía hambre, sed y frío.

Había vaciado el barril de agua dulce, y la harina de centeno se la había ya comido ó la había empleado en hacer engrudo.

Solo le quedaba un poco de galleta. La rompía con los dientes, pero no tenía agua para ablandarla.

Poco á poco y de día en día menguaban sus fuerzas.

El terrible peñasco le consumía la vida.

Beber, comer y dormir eran para él tres problemas. Comía cuando lograba coger un camarón ó un cangrejo; bebía cuando veía una ave marina descender á un peñasco, que entonces iba tras ella hasta alcanzarla y encontrar en un hueco una corta cantidad de agua dulce. Bebía despues que el pájaro, y algunas veces al mismo tiempo, porque las gaviotas y los alciones se habían acostumbrado á su presencia y ya no huían de él. Gilliatt, ni cuando estaba más hambriento, les causaba daño. Era supersticioso, como ya hemos dicho, respecto á los pájaros, y éstos, al verle con los cabellos erizados y la barba larga, no se asustaban; no creían que era un hombre; creían que era una bestia. Los pájaros y Gilliatt eran amigos. Mientras tuvo harina les desmigajaba pedazos de las tortas que hacía; ellos, en cambio, le indicaban los sitios donde había agua potable.

Comía almejas crudas, que alimentándose de ellas con moderación son refrigerantes de la sangre. Los cangrejos se los comía cocidos, pero como no tenía cazuela, los asaba, poniéndolos entre dos piedras hechas áscuas, como los salvajes de las islas Yéroe.

Entre tanto empezaba á declararse el equinoccio; llovía, y la lluvia le era hostil. No caían chaparrones ni aguaceros, sino gotas finas, heladas y agudas, que calaban las ropas de Gilliatt hasta los tegumentos y sus carnes hasta los huesos. Esa lluvia le daba poco de beber y le mojaba mucho. Cayó sobre Gilliatt toda una semana durante el día y durante la noche. En su agujero de piedra únicamente le hacía dormir algo el cansancio del trabajo. Los grandes mosquitos del mar le atormentaban. Se despertaba lleno de pústulas.

Tenía fiebre, pero ésta le sostenía; la calentura es un socorro que mata. Instintivamente mascaba líquen ó chupaba hojas de coclearia silvestre, que brotaba escuálida por las rendijas secas del escollo. Se preocupaba poco de sus sufrimientos; no tenía tiempo para distraerse de su empresa. La máquina de la *Duranda* se conservaba en buen estado; eso era lo importante para él.

Las necesidades del trabajo le obligaban á nadar á cada instante, pero eso no le importaba. Entraba y salía del agua lo mismo que en una habitación se pasa

de un cuarto á otro. Su ropa nunca estaba seca. Gilliatt vivía mojado.

Vivir mojado es un hábito que se adquiere. Los grupos de irlandeses pobres, compuestos de viejos, madres, muchachos desnudos y niños, que pasan el invierno al aire libre, cuando llueve y nieva, y se apiñan unos contra otros en las esquinas de las calles de Londres, viven y mueren mojado.

Gilliatt sufría el extraño tormento de estar mojado y de tener sed, y mordía de vez en cuando la manga húmeda de su chaquetón.

Las hogueras que encendía le calentaban poco, porque el fuego al aire libre calienta á medias; el que se acerca á él se abrasa por una parte y se hiela por otra.

Gilliatt estaba sudando y tiritaba. Todo lo resistía guardando una especie de silencio terrible, silencio de enemigo que acecha. Los objetos tienen un sombrero *Non possumus*. La inercia de las cosas es un aviso lúgubre.

La mala voluntad de los elementos rodeaba á Gilliatt. El fuego le mordía, el agua le helaba, la sed le producía fiebre, el viento le destrozaba la ropa, el hambre le roía el estómago. Sufría la opresión de un conjunto aniquilador. El obstáculo, tranquilo, vasto, con la irresponsabilidad aparente del hecho fatal, pero lleno de unanimidad feroz, convergía de todas partes sobre Gilliatt; sentía que se apoyaba inexorablemente sobre él y no podía sustraerse á su influencia. Tenía que luchar con la hostilidad impenetrable. Lo desconocido le estrechaba, le comprimía, le quitaba su sitio, le robaba el aliento. Lo invisible le magullaba y cada día daba una vuelta más al tornillo misterioso.

La situación de Gilliatt se parecía á un duelo en la oscuridad en el que interviene un traidor. La coalición de fuerzas secretas le rodeaba y comprendía que estaban decididas á desprenderse de él. Silenciosamente esa coalición latente le destrozaba la ropa, le hacía heridas y le llenaba de sangre; le ponía, digámoslo así, fuera de combate antes de combatir. No por eso él trabajaba menos, pero á medida que la obra adelantaba, el obrero se deshacía. Hubiérase dicho que aquella naturaleza salvaje, temiendo al alma, se decidió por extenuar el cuerpo del hombre. Pero Gilliatt era terco y esperaba.

La doble Douvre, dragon de granito emboscado en alta mar, consintió en ad-

mitir á Gilliatt. Le dejó entrar y le dejaba hacer. Esta aceptación se parecía á la hospitalidad que ofrece la boca abierta de una fiera.

El desierto, la extensión, el espacio, en los que el hombre encuentra tantos inconvenientes; la inclemencia de los fenómenos que siguen impasibles su curso, las leyes generales implacables y pasivas, el flujo y el reflujo, el escollo, la conjuración de indiferencia de las cosas contra la temeridad del sér, el invierno, las nubes y el mar, envolvían á Gilliatt; le iban acorralando, se cerraban en cierto modo á su alrededor y le separaban de los vivientes. Todo lo tenía contra él y nada en favor suyo. Sus herramientas estaban melladas ó eran insuficientes, sufría sed y hambre durante el día y frío durante la noche, estaba lleno de heridas, tenía la ropa hecha pedazos, los piés ensangrentados, los miembros débiles y el semblante lívido.

En sus ojos brillaba una llama, la llama soberbia de su voluntad visible.

Los ojos expresan nuestro pensamiento. Cada pupila dice la cantidad de hombre que hay en nosotros, su luz nos inicia en el pensamiento. Las pequeñas conciencias guían los ojos, las grandes echan relámpagos. Cuando hay poca claridad bajo los párpados, nada piensa en el cerebro, nada ama en el corazón. El que quiere y el que ama alumbrado y resplandece. La resolución enciende el fuego de la mirada, fuego admirable, que arde con la convulsión de los pensamientos tímidos.

Los obstinados son los sublimes. El que es bravo, solo tiene una accesión; el que es valiente, solo tiene un temperamento; el que es animoso, solo tiene una virtud; el que es obstinado en lo verdadero, es el que posee la verdadera grandeza. Casi todo el secreto de los grandes corazones se encierra en esta palabra: *Perseverancia*.

La perseverancia es al valor lo que la rueda es á la palanca; es la renovación perpétua del punto de apoyo. Sea á la tierra ó sea al cielo, todo consiste en llegar hasta el fin; en el primer caso está Colón, en el segundo está Jesús. El que no deja discutir á su conciencia ni desarmar su voluntad, obtiene el sufrimiento y el triunfo. En el orden de los hechos morales, caer no excluye cernerse. De la caída arranca la ascensión. Las medianías se dejan disuadir por el obstáculo especioso; los fuertes, no.

Todos los esfuerzos de Gilliatt parecían

dirigirse á lo imposible; lo que iba consiguiendo era poco y muy lentamente; y la miseria del trabajo solitario consistía en necesitar tanto preparativo, tantas pruebas, tantas noches de frío y días de hambre, para levantar cuatro tablones encima de un buque náufrago, para cortar y aislar en él la parte susceptible de salvamento y acomodar á dicho buque cuatro cábricas con sus cables. Pero Gilliatt hizo más que aceptar esta miseria; la deseó y la buscó. Acometió la aniquiladora empresa, el riesgo, la absorción posible del salvador por el salvamento, el apuro, la desnudez, la fiebre y el hambre.

Se hallaba bajo una especie de espantosa campana neumática. La vitalidad le abandonaba poco á poco, y él apenas lo notaba.

La extenuación de las fuerzas no extenuaba la voluntad. Creer es la segunda potencia; querer es la primera. Las montañas que la fé remueve son insignificantes comparándolas con las que mueve la voluntad.

Lo que Gilliatt perdía en vigor lo ganaba en tenacidad. La decadencia del hombre físico bajo la acción contrariadora de la naturaleza salvaje contribuía al engrandecimiento del hombre moral.

Gilliatt no sentía el cansancio, ó por mejor decir, no se lo consentía, y dá fuerza inmensa que no consienta el alma los desfallecimientos del cuerpo.

Gilliatt solo veía lo que iba adelantando en su trabajo y le alucinaba llegar al fin que se proponía y que veía ya cerca. Su obra se le subía á la cabeza. La voluntad embriaga. Cuando se embriaga el alma, su embriaguez se llama heroísmo.

Gilliatt era una especie de Job del Océano, pero un Job que luchaba y combatía con las plagas, un Job conquistador, y si la comparación no fuese excesiva tratándose de un pobre marinero pescador de cangrejos y de langostas, diríamos que era un Job Prometeo.

V.

Sub umbra.

Algunas veces Gilliatt, durante la noche, abría los ojos y miraba en la oscuridad, sintiéndose extrañamente conmovido.

Abrir los ojos y ver negro, es situación

lúgubre que causa ansiedad. Existe la presión de la sombra.

La presión de la sombra obra en sentido inverso sobre las diferentes clases de almas. El hombre ante la noche se reconoce incompleto; al ver la oscuridad comprende que es defectuoso. El cielo negro es como el hombre ciego. El hombre cara á cara con la noche se abate, se arrodilla, se acuesta y se arrastra hacia un escondrijo, ó desea tener alas. Casi siempre desea huir de la presencia informe de lo desconocido. Se pregunta quién es éste, tiembla, se abate, y algunas veces quiere ir hacia él. Ir allí: ¿pero dónde? ¿dónde está allí? ¿qué hay allí?

No cabe duda de que esta curiosidad es la excitación de las cosas prohibidas, porque hacia lo desconocido todos los puentes que hay alrededor del hombre están rotos. Falta el arco de lo infinito; pero lo prohibido es un abismo, y los abismos atraen. Donde no llega el pié, puede alcanzar la mirada; donde la mirada se pára, puede el espíritu proseguir el camino, y hasta los hombres más débiles é insuficientes prueban á andar por él.

El hombre, según su naturaleza, está en acecho ó se pára ante la noche. Para unos es una comprensión, para otros es una dilatación.

Es la noche serena? Pues su fondo es de sombra. Es tempestuosa? Pues su fondo es de humo. Lo ilimitado se esquivo y se ofrece á la vez cerrado para el experimento y abierto para la conjetura. Innumerables chispas de luz hacen que aparezca más negra la oscuridad sin fondo. Un punto microscópico que brille, después otro, después otro, forman lo imperceptible y al mismo tiempo lo inconmensurable. Aquella luz es un foco, aquel foco es una estrella, aquella estrella es un sol, aquel sol es un universo y aquel universo es nada. Todos los números son cero delante de lo infinito. Aquellos universos, que no son nada, existen, sin embargo. Al corroborar su existencia, vemos con claridad la diferencia que separa el ser nada del no ser.

El cielo es lo inaccesible añadido á lo inexplicable. De su contemplación se desprende un fenómeno sublime; el engrandecimiento del alma por medio del estupor.

Sentir horror sagrado es propio del hombre; las bestias no conocen este miedo. En el horror sagrado encuentra la inteligencia su eclipse y su prueba.

La sombra es una; de esto nace el horror. Al mismo tiempo es compleja; de esto nace el espanto. Su unidad abruma el espíritu y le quita el deseo de resistir. Su complejidad le hace mirar á todas partes; parece que tema bruscas acometidas. Se rinde y se vigila. Se halla en presencia de Todo, de lo que nace su sumisión, y de Varios, de lo que nace su desconfianza. La unidad de la sombra contiene un múltiple misterioso, que es visible en la materia y sensible en el pensamiento. Produce el silencio, y este es un motivo más para estar al acecho.

La noche es el estado propio y normal de la creación especial de que formamos parte. El día, breve en la duración como en el espacio, solo es una proximidad de estrellas.

El prodigio nocturno universal no se cumple sin roces, y todos los roces de semejante máquina producen confusiones en la vida. Los roces de la máquina son lo que llamamos el mal.

En nuestra oscuridad sentimos el mal, que es la repulsa latente al orden divino, que es la blasfemia implícita del hecho rebelde al ideal. El mal complica con ignorada teratología de mil cabezas el vasto conjunto cósmico. El mal está en todo y en todas partes presente para protestar. Es huracán y atormenta la marcha de un navío; es caos y contrarresta el nacimiento de un mundo. El bien tiene la unidad, el mal tiene la ubicuidad. El mal desconcierta la vida, que constituye una lógica, y hace que el pájaro devore á la mosca y el cometa al planeta. El mal es un borron de la creación.

La oscuridad nocturna está llena de vértigos. El que la profundiza se sumerge en ella y forcejea como el que se ahoga. No hay fatiga comparable á examinar las tinieblas. Es como estudiar una cosa borrada.

No hay sitio definitivo donde descansa el espíritu. Hay puntos de partida, pero no hay de llegada. Es el cruzamiento de soluciones contradictorias, es la ramificación de los fenómenos exfoliándose sin límite alguno y renovándose indefinidamente; es una promiscuidad insondable que hace que la mineralización veje, que la vegetación viva, que el pensamiento pese, que el amor lance rayos y que la gravitación ame; es el inmenso frente de ataque de todas las cuestiones desarrollándose en la oscuridad sin límites; es la simultaneidad cósmica en plena aparición, no á la mirada, sino á la

inteligencia, en el espacio indistinto; es lo invisible convertido en visión. El hombre está debajo de ella. No conoce los pormenores, pero lleva en cantidad proporcionada á su espíritu el peso monstruoso del conjunto.

Esta obsesión impulsaba á los pastores caldeos á la astronomía. Revelaciones involuntarias traspasan de la creación; el trasudor de la ciencia se establece en cierto modo por sí mismo é invade al ignorante. El solitario, sintiendo esta impregnación misteriosa, con frecuencia, y sin tener conciencia de ello, se convierte en filósofo natural.

La oscuridad es indivisible. Está habitada por el absoluto. En ella se envuelve algo que nos inquieta. Una formación sagrada pasa en ella por todas las fases. Premeditaciones, potencias y destinaciones queridas elaboran allí de mancomun una obra desmesurada. En ella se agita una vida horrible. Hay allí vastas evoluciones de astros, la familia de las estrellas, la familia planetaria, el polen zodiacal, el *quid divinum* de las corrientes, de los efluvios, de las polarizaciones y de las atracciones; hay allí adhesión y antagonismo, el magnífico flujo y reflujo de la antítesis universal, lo imponderable en libertad en medio de sus centros; hay allí la savia en los globos, la luz fuera de ellos, el átomo errante, el germen disperso, curvas de fecundación, encuentros de cópula y de combate, profusiones inauditas, distancias que parecen sueños, circulaciones vertiginosas, hundimientos de mundos en lo incalculable, prodigios persiguiéndose unos á otros; en todas partes lo incomprendible; en ninguna lo inteligible.

A todo lo dicho hay que añadir esta cuestión formidable: ¿esta Inmanencia es un Sér?

Estamos enteramente en la oscuridad; miramos y escuchamos.

La tierra sombría marcha y rueda; las flores tienen conciencia de este movimiento gigantesco; el silencio se abre á las once de la noche y el anacrócalo á las cinco de la mañana.

En algunas profundidades una gota de agua se convierte en un mundo; el infusorio pulula; fecundidad gigantesca brota del animalillo microscópico é imperceptible; ostentando su grandeza, la inmensidad se desarrolla en sentido inverso; una diatomea en una hora produce mil trescientos millones de diatomeas. Se presentan mil enigmas á la vez, y enigmas indescifrables. El hombre se vé

obligado á tener fé, tiene que creer á la fuerza. Pero no basta tener fé para estar tranquilos. La fé tiene no sé qué extraña necesidad de formas, y de esto han nacido las religiones. Sea lo que se quiera y piénsese lo que se piense, mirar la oscuridad no es mirar, es contemplar.

Cómo explicarse sus fenómenos? Descomponer su presión nos es imposible y el desvarío se agrega á todos sus lindes misteriosos. La sombra es un silencio, pero un silencio que lo dice todo: de ella se desprende majestuosamente esta conclusión: Dios.

Dios es la noción incomprendible, pero que está impresa dentro del hombre. Los silogismos, las controversias, las negaciones, los sistemas y las religiones, pasan por encima de ella sin menoscabarla. La oscuridad entera lo afirma.

La inexplicable inteligencia de las fuerzas inmanentes se manifiesta en la conservación de la oscuridad en equilibrio. El universo cuelga, pero nada cae. Su dislocación incesante y desmesurada se verifica sin accidente y sin fractura. El hombre participa de este movimiento de traslación, y llama destino á la cantidad de oscilación que experimenta.

Dónde empieza el destino? ¿Dónde concluye la naturaleza? ¿Qué diferencia hay entre un acontecimiento y una estación, entre una pesadumbre y una lluvia, entre una virtud y una estrella? Una hora no es una ola? Las ruedas, siguiendo su movimiento continuo, sin responder al hombre, continúan impasibles su revolución. El cielo estrellado es una visión de ruedas, de balancines y de contrapesos. Es la contemplación suprema, duplicada por la suprema meditación. Es toda la realidad y además toda la abstracción. Nada hay más allá. Nos encontramos presos y á merced de la oscuridad; no podemos evadirnos de ella. Estamos cogidos en el engranaje de las ruedas, formamos parte integrante de un Todo ignorado; conocemos que lo desconocido que llevamos en nosotros mismos fraterniza misteriosamente con otro desconocido que existe fuera de nosotros, y este sentimiento es el anuncio sublime de la muerte. Esto dá angustia y produce arrobamiento al mismo tiempo. Estamos adheridos á lo infinito, y esta adherencia nos induce á atribuirnos una inmortalidad necesaria, una eternidad posible, y nos hace sentir en el prodigioso oleaje del diluvio de la vida universal la obstinación insuperable del yo. Miramos los astros y decimos: ¡Yo soy un

alma como vosotros! Miramos la oscuridad y decimos: ¡Yo soy un abismo como tú!

Todo esto es la noche.

La noche, pues, agravada por la soledad, pesaba sobre Gilliatt. ¿Comprendía lo que acabamos de insinuar? No. Lo sentía? Sí.

Gilliatt poseía un espíritu grande, pero turbado, y un corazón grande, pero salvaje.

VI.

Gilliatt hace tomar posición á su barco.

El salvamento que Gilliatt ideaba para la máquina era una verdadera evasión, y las evasiones requieren mucha paciencia y luchar con sinnúmero de obstáculos. Es preciso valerse de muchas mañas. Gilliatt poseía las cualidades que para eso necesitaba. Era capaz de subir y bajar el acantilado de Boisrosé.

A pesar de lo ingrata y de lo perjudicial que le era la lluvia, supo sacar partido de ella. Logró recoger una pequeña cantidad de agua dulce, pero como su sed era inextinguible, vaciaba el recipiente tan pronto como lo llenaba.

Cuando llegó el último día de Abril lo tenía todo preparado para ejecutar la operación que se proponía. Tenía el entarimado de la máquina como enjaulado entre los ocho cables de las cábricas, cuatro á un lado y cuatro á otro. Había aserrado en la cubierta y en la carena las diez y seis aberturas por donde pasaban los susodichos cables. También había cortado con las sierras el empañado, con el hacha las costillas, con la lima el herraje y con el escoplo el forro. La parte de quilla donde se sobreponía la máquina estaba cortada en cuadro y dispuesta á deslizarse con la máquina y sosteniéndola. Toda aquella balumba solo dependía de una cadena, y ésta no dependía más que de una limadura. Cuando se está tan cerca del fin, ser prudentes es tener prisa. Debía aprovechar el momento oportuno de estar la marea baja.

Gilliatt consiguió desmontar el árbol de las ruedas, cuyas extremidades podían presentarle algún obstáculo é impedirle llevar el ancla. Pudo amarrar verticalmente pieza tan pesada á la jaula misma de la máquina.

Gilliatt necesitaba concluir pronto, porque aunque él no sentía el cansan-

VII.

De pronto un peligro.

Hacia poco viento, pero soplaba por la parte del Oeste, lo que es frecuente durante el equinoccio.

La marea ascendente, según el viento que sopla, obra de diverso modo en el escollo Douvres. Según las ráfagas que las empuja, las olas entran en el corredor por el Este ó por el Oeste. Si entran por el Este son apacibles, pero si entran por el Oeste son furiosas; lo que depende de que el viento del Este viene de la tierra y tiene poco aliento, mientras que el viento del Oeste atraviesa el Atlántico y trae todo el soplo de la inmensidad. Hasta cuando hace poco viento aparentemente, si viene del Oeste es alarmante, porque arroja demasiada agua á la vez en el estrecho del escollo.

El agua que entra violentamente siempre es temible. Sucede con el agua lo mismo que con la muchedumbre; la multitud es un líquido: cuando la cantidad que puede entrar es menor que la que quiere entrar, hay en la muchedumbre aplastamientos y en el agua convulsiones. Reinando el Poniente, aunque el aire no sea muy fuerte, los Douvres sufren dos asaltos diarios. La marea sube, el flujo aprieta, las rocas resisten, la boca del escollo no se abre, la ola, violentamente empujada, salta y ruge, y furiosa marejada azota las fachadas interiores del escollo. Los Douvres, al soplar el menor viento del Oeste, ofrecen este espectáculo singular: fuera, en el mar, la calma; en el escollo la tormenta. Este tumulto local y circunscrito no es una verdadera tempestad; es una conmoción de olas, pero terrible. Los vientos del Norte y del Sur baten el escollo al sesgo, y solo ocasionan escasa cantidad de resaca en el estrecho. Debe tenerse presente que la entrada por el Este confina con el peñasco el *Hombre*, y que la abertura temible del Oeste está en la extremidad opuesta, esto es, entre los dos Douvres, que es donde se encontraba Gilliatt con su barco anclado debajo de la *Duranda*.

Parecía inevitable una catástrofe. Para realizarse contaba con poca cantidad, pero la suficiente, del viento que necesitaba.

No debía tardar mucho tiempo la marea alta en empeñar su batalla con el estrecho de los Douvres. Se oía ya el

cio, veía que se iban fatigando sus heramientas. El yunque de piedra estaba hendido. El fuelle empezaba á trabajar mal. Como era de agua de mar la cascada hidráulica, se habían quedado en las juntas del aparato sedimentos de sal, que dificultaban su juego.

Gilliatt se trasladó á la rada del *Hombre*, pasó revista al barco, se aseguró de que todo se hallaba en buen estado, sobre todo las cuatro argollas de babor y de estribor; levó en seguida el ancla, y remando fué con su buque á colocarse entre los dos Douvres. El espacio que mediaba entre ellos lo permitía; había allí bastante fondo y bastante escotadura. Así lo reconoció Gilliatt desde el primer día.

La maniobra era, sin embargo, excesiva; exigía precisión matemática; era expuesto ingerir el barco en medio del escollo, porque era necesario entrar allí por la popa y llevando delante el góndole, y convenía que el mástil y los aparejos quedasen más acá del buque náufrago por la parte del boquete.

Las complicaciones de la maniobra dificultaban la operación, hasta para el mismo Gilliatt. No era suficiente, como para entrar en la rada del *Hombre*, remar un poco; era menester empujar, tirar, remar y sondear: á pesar de eso consiguió su objeto.

En quince ó veinte minutos el barco quedó colocado bajo de la *Duranda*, casi como embutido. Gilliatt echó las dos anclas, formando horquilla. Colocó la mayor de manera que contrarrestase el viento más fuerte y más temible, que era el de Oeste. Después, valiéndose de una palanca y de un cabrestante, bajó á su barco las dos cajas que contenían las ruedas desmontadas para que sirvieran de lastre.

Desembarazado ya de ellas, ató al gancho de la cadena del cabrestante la eslinga del palanquin regulador, destinado á mantener las cábricas á raya.

Para el plan de Gilliatt, los defectos de su barco eran buenas cualidades; como éste carecía de cubierta, tenía mayor sitio para el cargamento, que podía descansar en la misma sentina. Llevaba el barco el mástil muy adelante, quizás demasiado; pero por esto el cargamento tenía más espacio, y estando el palo fuera del buque náufrago, era más fácil salir de allí.

De repente Gilliatt se apercebía de que el mar subía, y se puso á observar por dónde venía el viento.